

# MÁS SOBRE VALLE INCLÁN Y BENITO VICETTO

JUAN RENALES CORTÉS

**E**n un artículo publicado en 1955, «Valle Inclán y la literatura gallega», recogido con el título de «El fondo galaico» en *Mascarón de proa*<sup>1</sup>, José Rubia Barcia llama la atención sobre las semejanzas –más tarde, Guillermo Díaz-Plaja las calificará de «abrumadoras»<sup>2</sup>– entre el autor de las *Sonatas* y el escritor ferrolano Benito Vicetto. Rubia Barcia indica que su lectura de la obra de Vicetto se limita a la *Historia de Galicia*, las novelas *Los reyes suevos de Galicia*, *Los hidalgos de Monforte*, *Rogin Rojal*, *El caballero de Calatrava* y *El último Roade* y el drama *El arquero y el rey*. Quedan así excluidas de su estudio, la obra lírica, la narrativa breve, una larga novela histórica (*El lago de la Limia*) y la totalidad de la narrativa de asunto contemporáneo, tan abundante como la otra. Es de esperar, pues, que el examen de esta importante producción de Vicetto depare nuevas coincidencias entre uno y otro novelista.

Ya en *Femeninas*, de 1895, se ven tipos y situaciones muy propios de Vicetto. Tula Varona, que da nombre a uno de los cuentos, es una coqueta, diabólica por el poder que sobre el hombre le confiere su belleza y sádica al modo de muchas de las criaturas del ferrolano: su mayor placer es «despertar deseos que no compartía», «herir con el áspid del deseo»<sup>3</sup>. Arquetipo romántico<sup>4</sup> repetido en Vicetto: recordemos (entre otras varias) a la Iberia de *El lago de la Limia*, que gozaba poniendo a prueba el deseo de los hombres «en la piedra de toque de sus excitaciones voluptuosas» para frustrarlo luego, o a la Lupe de *El cazador de fantasmas*, que se recrea en analizar las sensaciones dolorosas que la frustración provoca en Adriano, convertido en su esclavo<sup>5</sup>.

El sencillo argumento del cuento de Valle –Tula excita los deseos de Ramiro hasta provocar que le robe un beso, para entonces cruzarle la cara con un florete y echarlo humillantemente– es muy parecido a sendos episodios de *El lago de la Limia* y *Los hidalgos de Monforte*, de Vicetto<sup>6</sup>. En ésta, es la simpática y frívola condesa Maret la que trata como Tula al hidalgo Mauro de Lecín, aunque aquí su coqueteo es únicamente verbal. Mauro se ve en el brete de pedirle un beso, y al disponerse a cobrárselo, lo que recibe es un fustazo en la cara. Al final de *Tula Varona*, queda ésta mirándose en el espejo, como Maret al inicio del episodio de *Los hidalgos de Monforte* a que nos referimos. En *El lago de la Limia*, un trovador hidalgo y pobre ama a la condesa Iberia, que alienta con su coquetería esa pasión porque «se complacía en verlo abrazarse (sic) en sus mismos fuegos»<sup>7</sup>. Las artes seductoras de la condesa coinciden en parte con las de Tula, porque si ésta, «como al descuido», con «su pie delicado y nervioso (...) roza el pie y la polaina del duquesito»<sup>8</sup>, provocando el robo del primer beso, aquella «con uno de sus pies tocaba ligeramente los del desdichado trovador», que queda a punto de «caerse desfallecido de lujuria»<sup>9</sup>. Después, como Ramiro, el hidalgo de Vicetto intenta por primera vez en vano besar sin permiso a Iberia (está o se finge dormida); pero cuando en descuido gesto ella descubre un pecho de «blancura brillante y cóncava (sic)»<sup>10</sup>, el trovador no puede resistir y se gana el castigo<sup>11</sup>.

en la obsesión. Difícilmente se podrá encontrar una de sus novelas en que no aparezca un personaje semejante.

<sup>6</sup> El motivo del beso robado es frecuentísimo en Vicetto y en la novela popular (lo encontramos en *Joseph Balsamo*, de Dumas, por citar una novela que Vicetto leyó).

<sup>7</sup> *El lago de la Limia. Historia caballeresca del siglo IX*. Coruña: Cástor Míguez, 1861, II, pp. 68-69.

<sup>8</sup> Ed. cit., pp. 95-96.

<sup>9</sup> Ed. cit., II, p. 71.

<sup>10</sup> Ibid., II, p. 73.

<sup>11</sup> Podría añadirse a todo ello que el encuentro entre Tula y Ramiro se da cuando regresa éste solitario de una cacería, como en el lance inicial de la novela de Vicetto *El cazador de fantasmas*, donde Adriano, en iguales circunstancias, se encuentra su propia belle dame sans merci, «ganosa de divertirse con Adriano como

<sup>1</sup> *Mascarón de proa. Aportaciones al estudio de la vida y de la obra de Don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro*. Sada: Castro, 1983.

<sup>2</sup> *Las estéticas de Valle Inclán*. Madrid: Gredos, 1965, p. 20.

<sup>3</sup> *Femeninas. Epitalamio*. Madrid: Cátedra, 1992, p. 96.

<sup>4</sup> Cf. la Cécily de *Les mystères de Paris*, de Sue, sobre la cual se extiende Mario Praz: *La carne, la morte e il Diavolo nella letteratura romantica*. Firenze: Sansoni, 1948, pp. 206 ss.

<sup>5</sup> Este tipo femenino se hará omnipresente en la obra del coruñés, amigo y discípulo de Vicetto, Antonio de San Martín, fecundísimo novelista por entregas, cuya misoginia raya

Las semejanzas se repiten en *Cuento de abril*. El trovador es aquí Pedro de Vidal, y la seductora fingidamente dormida, ya no condesa Iberia, sino princesa de Imberal. El jardín en que transcurre el episodio recuerda a los del castillo de Alemparte en la novela de Vicetto. Y en el infante de Castilla, cuyo cuerpo tiembla todo de celos y despecho «con un son de hierro», es difícil no ver un trasunto del marido de Iberia, O Tembrante, que también manifestaba sus pasiones con violentos temblores de todo su cuerpo<sup>12</sup>.

Otro rasgo en que coinciden ambos novelistas es la presencia del carlismo y la simpatía con que a menudo son tratados personajes de ese bando, cosa chocante en el demócrata anticlerical Vicetto, que incluso fue soldado en la primera guerra carlista. Es, en particular, el carlista no convenido, que arrostra la miseria por lealtad a su causa, el que suscita admiración en él<sup>13</sup>. Bien distinto trato recibe el carlista renegado y encumbrado en la corte de Isabel, acaso por haberse ganado los favores de ésta, como en *El conde de Amarante*. Pero las afinidades de Vicetto con el carlismo van más allá. La evolución de sus ideas lo llevó a considerar que el mundo rural gallego del interior conservaba inmutable la sociedad natural, patriarcal e igualitaria de la nacionalidad céltica. Los primitivos clanes —iguales a los de la Escocia gaélica— eran, pues, las parroquias de hoy; los hidalgos contemporáneos, herederos (y a veces descendientes) de los patriarcas primitivos, llamados régulos en época romana y condes en época sueva y medieval. Focos de innovación, las ciudades lo eran también, por lo mismo, de corrupción y de pérdida de las esencias nacionales. Como se ve, Vicetto viene a coincidir con lo que, para el País Vasco, habían pensado a principios de siglo historiadores reaccionarios como Astarloa o Erro y Azpiroz, ministro del pretendiente. Y con Augustin Chaho, que al igual que Vicetto se sitúa en el republicanismo.

una leona con un cervatillo», pero que no se porta con él como Tula porque «abatir con un golpe de audacia la audacia de Adriano (...) era propio de una mujer vulgar asediada por cualquier amante adocenado» (*El cazador de fantasmas*. Coruña: V. Abad, 1877, pp. 11 ss).

<sup>12</sup> El castigo del trovador, atarazado por perros, aunque tomado de la leyenda de Peire Vidal, recuerda un episodio de *El conde de Amarante* en que Amaral manda atarazar a un rival.

<sup>13</sup> El carlismo y los carlistas aparecen en *Enrique de Belmonte*, *Araceli*, *El conde de Amarante* y *Las aureanas del Sil*.

Esta sociedad rural gallega un tanto idílica y vista a través del prisma de los arcaicos *Highlands* de Walter Scott es la que se ve descrita en las últimas novelas de Vicetto, que como progresista no encuentra la manera de escapar de su contradicción, la cual lo lleva a arremeter, por otro lado, contra la aristocracia rural por su violencia caprichosa, su ambición y su soberbia<sup>14</sup>. Ahora bien, esta visión de la «genuina» Galicia, con su claroscuro de grandeza épica<sup>15</sup>, primitivismo y barbarie, es muy similar a la que se desprende de las *Comedias bárbaras* y otras obras de ambiente gallego de Valle Inclán, como también de las narraciones históricas de Otero Pedrayo que tienen por asunto las vicisitudes de la clase hidalga durante los siglos XVIII y XIX.

La conexión entre patriarcalismo primitivo y carlismo en Valle Inclán es patente en *La guerra carlista*, donde el cura Santa Cruz se ve a sí mismo profetizando como un vate druida —eco del vasco-celtismo tan frecuente en el siglo XIX— y guiando a los suyos como un prerromano caudillo de «las tribus patriarcales y guerreras de los libres vascos»<sup>16</sup>, que, al igual que los celtas en la imaginación de Vicetto, combaten con la hoz y la pica, a más de la honda<sup>17</sup>. Es coincidente también con el ferrolano el lamento por la pérdida de los linajes milenarios sustituidos por una burguesía advenediza<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> Este ambiguo papel de la aristocracia gallega, en quien reside la soberanía por constituir la descendencia del patriarca Brigo, pero que se ve incapacitada por su egoísmo clánico para constituir una nación independiente, es fundamental tanto en la *Historia de Galicia* de Vicetto como en sus novelas históricas.

<sup>15</sup> Si Vicetto pretendía, con sus relatos, construir una Iliada caballerescas de Galicia, los personajes de Valle Inclán recuerdan en *Aguila de blasón* a los héroes de la Iliada.

<sup>16</sup> *La guerra carlista. Gerifaltes de antaño* (6ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe, 1983, pp. 41-42.

<sup>17</sup> La idea de tal relación entre el primitivismo céltico, el patriarcalismo bíblico y el de los campesinos que formaban la base social del realismo y del carlismo no era excepcional. En *El conde de España o la Inquisición militar. Historia-novela contemporánea*, de Francisco José Orellana, se presenta a Josefina Comerford, la conspiradora que acaudilló a los realistas catalanes, tocando al clave «himnos caledonianos, cantándolos en aquel idioma rudo y primitivo de las montañas de Escocia»; los labriegos en armas que están a sus órdenes creen escuchar en su voz al genio de las batallas, porque «se consideraban a sí mismos como Dévora y los israelitas al prepararse a combatir contra los opresores cananeos» (*El conde de España o la Inquisición militar. Historia-novela contemporánea* (2.ª ed.). Barcelona: Imprenta hispana de Vicente Castañes, 1861, p. 208. La primera edición es de 1856).

<sup>18</sup> Así se queja Cara de Plata (que, por cierto, lleva el título de señorín, como el protagonista de *El cazador de fantasmas*) al fin del capítulo IX de *Los cruzados de la causa*.

Otras ideas históricas de Vicetto también encuentran eco en Valle Inclán. Leemos en las *Cartas galicianas* su afición a combinar la lectura de los nobiliarios con los «fantaseos sobre cuatro piedras cubiertas de musgo», lo que corresponde exactamente al método historiográfico, muy romántico, que propugna Vicetto: el completar el estudio de los documentos con la evocación de los personajes del pasado en un modo de trance suscitado por la presencia en el escenario de los hechos. Aún en *Ecos de Asmodeo* de *La corte de los milagros* pone Valle en boca de López de Ayala una visión de la Historia del todo vicettiana, según la cual los pueblos, eternamente iguales a sí mismos, no rigen el acontecer histórico, puesto que son obra del Tiempo, verdadero sujeto de la Historia<sup>19</sup>. Vicetto expone a menudo su idea del determinismo histórico<sup>20</sup> y del protagonismo del Tiempo, a quien identificaba con Dios<sup>21</sup>.

Supone Rubia Barcia<sup>22</sup> que la idea de escribir las memorias eróticas de un *alter ego* idealizado del autor le fuese sugerida a Valle Inclán por la lectura de *Victor Basben*, de Vicetto<sup>23</sup>. El artículo «Madrid de noche»<sup>24</sup>, de 1892, Valle narra una historia muy similar a la de aquélla: un joven literato aspira a redimir por el matrimonio a una ramera. En puertas la boda, el joven se suicida; la mujer acude a su lecho de muerte, derramando amargas lágrimas sobre el cuerpo del bohemio. Pero poco después se la ve del brazo de otro hombre. En la novela de Vicetto, Basben no se suicida, sino que muere de amor, y la traición de la mujer es anterior a su muerte y causa de ella.

Este tipo de relato pseudobiográfico no se reduce en Vicetto a esta novela, sino que constituye la mayor parte de su narrativa de ambiente contemporáneo. Las memorias del conde de Basben

ocupan las novelas *Adoración* —en colaboración con Carolina Coronado—, *Cristina*, *Araceli* y *Victor Basben*. Las del conde de Amaral *El conde de Amarante* y *La baronesa de Frige*. Las del vizconde de Fontey, *Las aureanas del Sil*. A esto hay que añadir *Magdalena*. Cada una de ellas, como las *Sonatas*, tiene como núcleo narrativo la relación erótica del protagonista con una mujer distinta, para la que generalmente estos amores son fatales. Así pues, se trataba de un género característico de Vicetto. Si Bradomín comparte algunas características con Basben, como su pertenencia a la más rancia nobleza galaica y su juventud disipada, más se parece a Amaral o a Fontey, que a estos dos rasgos suman su relación con el carlismo y su profundo arraigo en la sociedad paternalista de la sierra gallega.

En la *Sonata de otoño*, Bradomín se muestra «Satan arrepentido», como Amaral. Que el clímax de sus amores coincida con la muerte de la amada es rasgo necrofilico nada ajeno a Vicetto. Como tantas mujeres de éste, Concha reúne diversos arquetipos femeninos: la Virgen —ya Madonna, ya Dolorosa—, el hada<sup>25</sup>, el fantasma. Choca también la frecuencia con que Valle Inclán se refiere al aroma de la mujer: lo mismo ocurre en Vicetto, que además, en *El último Roade*, esboza una teoría del aroma femenino. Incluso coincide con él Valle Inclán en un recurso estilístico que aquél utiliza hasta la saciedad: el empleo, como leitmotiv, del nombre de la mujer entre exclamaciones y precedido del adjetivo *pobre*.

Otros pormenores más apuntan a una amplia lectura de Vicetto y de otros novelistas populares gallegos<sup>26</sup>. En una escena de intenso erotismo, Bradomín, arrodillado ante Concha sobre una piel de tigre, la calza y la viste. El detalle de la piel de tigre recuerda otro momento erótico, de *El cazador de fantasmas*, en que Adriano se encuentra con su amada Guadalupe, vestida tan sólo —al igual que Concha— con una bata y sentada sobre pieles de tigre. A la misma novela recuerda el abad

<sup>25</sup> «Hada, Virgen, mujer» se titula un capítulo de *El último Roade* de Vicetto.

<sup>26</sup> Como, una vez más, San Martín. La leyenda del capitán Alonso Bendaña, hidalgo cruel y bárbaro que apres a al abad de Mos y lo hace atarazar por perros, envuelto en una piel de lobo, y a cuya muerte dos enanos negros llevan su cuerpo al infierno recuerda a *La esposa enterrada en vida*, de San Martín, donde otro hidalgo donjuán, tirano y criminal, también asesina a un clérigo. Fallecido, la tierra rechaza su cadáver, que acaba también arrebatado por los demonios.

<sup>19</sup> *El ruedo ibérico. La corte de los milagros*. Barcelona: Nuestro pueblo, 1938, pp. 69-70.

<sup>20</sup> Por ejemplo en *El conde de Amarante*. Vigo: Fernández Dios, 1879, pp. 107 ss. y 286 ss.

<sup>21</sup> Raras son las reminiscencias de Vicetto en *El ruedo ibérico*. Señalemos, de paso, otras. En *Baza de espadas* vemos a Paúl y Angulo, «jurando con estilo de Fernández y González: ¡Rayo de Dios!». Un uso casi abusivo se hace de esa interjección en *Los hidalgos de Monforte*, donde sirve para caracterizar al hidalgo Pedro de Tor.

<sup>22</sup> Op. cit., p. 137.

<sup>23</sup> Advirtamos de paso que *El yermo de las almas* se subtitula *Episodios de la vida íntima*, tal como *Victor Basben*, *páginas de la vida íntima*.

<sup>24</sup> En *Artículos completos y otras páginas olvidadas*. Madrid: Istmo, 1987, pp. 180 ss.

de Brandeso, entusiasta cazador, que invita a Bradomín a perseguir un bando de perdices. En *El cazador de fantasmas*, otro abad presencia cómo Adriano dispara sobre un bando de perdices, errando el tiro, y se burla de ineptitud para la caza.

Preguntando Concha, enferma, a Bradomín cómo la encuentra, responde: «antes eras la princesa del sol. Ahora eres la princesa de la luna»<sup>27</sup>. En *Los reyes suevos de Galicia* aparecen dos príncipes hermanos, Hermengario y Gensérico, que son el Príncipe Negro o de la Noche y el Príncipe Blanco o del Día. Aquél triste, jovial éste.

Un personaje secundario de *Sonata de otoño* es el paje de Concha, un niño llamado Florisel, caracterizado por su blanca montera y cuya misión principal es enseñar a silbar canciones a los mirlos. Vicetto inventa, en *El último Roade*, el personaje de un niño que sirve de recadero y ayudante a Áurea, la amada del protagonista. Se caracteriza por un gorro peculiar, cuya forma se remonta a los tiempos célticos, y por sus silbidos, con los que transmite mensajes. Las «felices danzas célticas a la sombra de los robles»<sup>28</sup> evocadas por las riveiranas que silban los mirlos recuerdan a la muiñeira céltica bailada en un robledal, en *El último Roade*, por éste y Áurea, en el transcurso de la cual se enamoran. Valle Inclán comparte con Vicetto la idea, desarrollada en la *Historia de Galicia*, de que la lengua gallega se mantiene inalterable desde los tiempos más remotos de la Edad Media; por eso Florisel se expresa en «fabla visigótica»<sup>29</sup>. Esta idea se repite una y otra vez (desde el juvenil *Corte de amor*) en Valle Inclán, que incluso, como en la *Sonata de primavera*, recurre a rasgos gallegos para caracterizar el arcaísmo del habla rural, aunque sea la de la Romagna. Así, en *Flor de santidad*, Adegá «hablaba el romance arcaico, casi visigodo, de la montaña» gallega<sup>30</sup>. En *Voces de gesta*, que transcurre en una mítica, primitiva e intemporal Castilla, no sólo introduce el autor rasgos gallegos (y, por tanto, en su opinión arcaicos) sino aun fragmentos de la apócrifa *Canción do figueiredo*, supuestamente escrita en los albores de la Reconquista y que Vicetto cita, como «balada del trovador de Anllóns», en *El lago de la Limia*.

<sup>27</sup> *Sonata de otoño. Sonata de invierno. Memorias del marqués de Bradomín* (17.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe, 1993, p. 42.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>30</sup> *Flor de Santidad. Historia milenaria*. Madrid: Sociedad general de librería española, 1920, pp. 21-22.

Rubia Barcia ha señalado la dependencia del episodio de la amputación del brazo de Bradomín en *Sonata de Invierno* de otro semejante en *Los hidalgos de Monforte*. Mas los parecidos son mayores aún de lo que indica este crítico. En la novela de Vicetto, el herido, Amaro, es un hijo secreto del que le sirve de enfermero, Pardo de Cela; en Valle Inclán, por el contrario, es la enfermera la hija secreta de Bradomín. En Vicetto, Pardo de Cela se prenda de una doncella a quien había humillado públicamente por su fealdad, cautivado por la dulzura de su mirada y su abnegación al cuidarlo de su grave herida; y en la *Sonata de invierno* también Bradomín se enamora de una niña, a pesar de su fealdad, por la dulzura de sus ojos y por lo abnegado de sus atenciones. El pasajero delirio que se apodera de Bradomín al conocer lo incestuoso de su amor por Maximina nos remite, en cambio, a *Rogín Rojal*, donde el rey García de Galicia es presa de locura al reconocer en su amante Bona a su hija. Por último, la preferencia de Bradomín por ser el último amor de las mujeres —expresada en esta *Sonata*— e incluso, como afirma en *Sonata de primavera*, por que hayan sido antes grandes pecadoras, coincide muy exactamente con la psicología de Víctor Basben, que, en la novela que lleva su nombre, confiesa al Vicetto-narrador sentimientos idénticos.

La *Sonata de primavera* muestra nuevos posibles vestigios de la lectura de Vicetto. Rubia Barcia había señalado el episodio de la irrupción de Bradomín en el dormitorio de María Rosario. Al entrar el marqués, ella se desvanece y al despertar cree que todo ha sucedido en sueños. En *El conde de Amarante*, Amaral, tras un fallido intento de violación de una sirvienta, cae desmayado y al volver en sí finge creer que todo ha sido una pesadilla, en lo que su víctima le sigue la corriente<sup>31</sup>. Tanto Bradomín como Amaral se debaten entre un orgullo diabólico y delirante y momentos de decaimiento y flaqueza. Bradomín siente sus pensamientos «enroscados (...) como reptiles»<sup>32</sup>; los de Amaral

<sup>31</sup> La confusión del sueño erótico con la realidad se encuentra también en *El lago de la Limia*, donde una joven, que suele adormecerse en un vergel entre ensueños de un amor ideal, es violada durante su duermevela sin que llegue a saber nunca que se ha tratado de una realidad. Un episodio parecido aparece en la novelita *El Ángel de la muerte*, de Murguía, donde también lo pudo haber leído Valle Inclán.

<sup>32</sup> *Sonata de primavera. Sonata de estío. Memorias del marqués de Bradomín* (6.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe, 1965, p. 58.

son también víboras, serpientes que lo amarran con sus anillos<sup>33</sup>. También se asemejan los personajes de Florentina y María Rosario, ambas único amor de sus calaverescos amantes. Ésta tiembla bajo los ojos de Bradomín «como una flor de sensitiva»<sup>34</sup>; aquélla, sintiendo la mano de Amaral en la suya «languideció como una sensitiva»<sup>35</sup>. Coincidencia más notable aún es el protagonizar ambas un episodio en que su seductor las sorprende en un rito ancestral de reparto de limosna.

Nuevos motivos con sabor vicettiano y folletinesco<sup>36</sup> se encuentran en *Jardín umbrío*. En el cuento *Beatriz*, la saludadora de Céltigos se parece a la «enferma de Gondar», beata que vivía postrada en cama y sin probar bocado, de la que se ocupó Vicetto<sup>37</sup>. El personaje del fraile sacrílego y seductor se repite —procedente de la novela gótica— en la literatura romántica y en la novela anticlerical del siglo XIX. Aquí nos trae al recuerdo la leyenda de Vicetto *La corona de fuego*<sup>38</sup>, en la que como en Valle Inclán el capellán de una noble casa comete, secretamente, la violación de su joven señora. Ambas víctimas enferman y mueren de

resultas; en Vicetto, más folletinescamente, por culpa de un excesivo somnífero. El crimen, desvelado al cabo del tiempo, es castigado en ambos relatos con una muerte horrible; en Vicetto, con su acostumbrado sadismo; en Valle Inclán, con la intervención de medios sobrenaturales.

El cuento *Mi hermana Antonia* parece mostrar reminiscencias de otra obra de Vicetto, *Las tres fases del amor*, donde un estudiante pobre y de pueblo, Aniano Oucei, se enamora perdidamente de una joven de alta posición, Peregrina. Aniano pasa las horas muertas ante las ventanas de Peregrina, en la Rúa del Villar, al igual que lo hace el estudiante —Máximo Bretal— del cuento de Valle Inclán ante las de Antonia en Platerías. Bretal se nutre de pan y tocino como Oucei de pan y caldo. En *Mi hermana Antonia* el estudiante suele ofrecer, en la catedral, agua bendita a Antonia. En Vicetto, Aniano, en el mismo templo, «se situó al pie de la pila de agua bendita, no con objeto de ofrecerle el agua sagrada, que no tenía valor para eso, pero sí para verla... cerca de sí»<sup>39</sup>. La pasión de Bretal es idéntica a la de Oucei en un aspecto particular: es tan sólo espiritual. Bretal desdeña el cuerpo de Antonia, por mortal, pero reclama la posesión de su alma. Oucei no aspira sino a la unión de su alma y la de Peregrina en y con el Espíritu divino, preludio de una Humanidad inmaterial<sup>40</sup>. Como Antonia, Peregrina lucha denodadamente con el amor enfermizo inspirado por el estudiante, al que se oponen la desigualdad social y la intransigencia de la familia de la joven. En *Mi hermana Antonia* un fraile intercede por Bretal para que se permita su casamiento y se evite su condenación. En *Las tres fases del amor* un anciano cura dirige un discurso a Peregrina, muerto Oucei, culpándola por no haber accedido a sus requerimientos.

En *Flor de santidad* y en las *Comedias bárbaras*, el paisaje gallego, poblado de encantos y seres sobrenaturales, marcado desde sus orígenes por los hitos sagrados que representan los monumentos megalíticos (célticos o druídicos según la opinión común) y que mueve a místicos sentimientos es el mismo que encontramos en las últimas

<sup>33</sup> *El conde de Amarante*. ed. cit., pp. 72, 163, 278. También en el segundo capítulo de *Los hidalgos de Monforte* (en *El imparcial*. Madrid, a partir del 14-IV-1878) los pensamientos de Amaro son una serpiente que se le enrosca en el corazón.

<sup>34</sup> Ed. cit., p. 78.

<sup>35</sup> Ed. cit., p. 101.

<sup>36</sup> Uno de los más celebrados cuentos de *Jardín umbrío*, *El miedo*, evoca por su asunto no a Vicetto, sino a San Martín. En *La esposa enterrada en vida*, los jóvenes visitantes de una cripta funeraria son presa de espanto al oír unos ruidos dentro de un sarcófago. Alzada la laude, el sepulcro resulta contener sólo armas y tejidos antiguos. El ruido provenía de una gran culebra que serpeaba entre esos objetos. Ahora bien, en otra novela del mismo folletínista, *Nerón*, este emperador penetra acompañado de Simón el Mago en un osario en lo más hondo de las catacumbas. Allí, igual que en *El miedo*, una calavera empieza a moverse y a rodar sola, horrorizando a los presentes. Un ratón encerrado en ella es la explicación del misterio. Nerón, que ha sabido mantenerse impertérrito, manifiesta su desprecio por la cobardía de Simón el Mago.

<sup>37</sup> *Cristina. Páginas de un diario*. Sevilla: Gómez y Oro, 1852, II, pp. 141 ss. Sobre el caso prodigioso de la espiritada de Gonzar corrió mucha tinta a principios del siglo pasado. Escribieron sobre ella Varela de Montes, Neira de Mosquera y Antolín Faraldo, entre otros.

<sup>38</sup> La leyenda de la corona de fuego, de la que, según Murguía (Galicia. Vigo: Xerais, 1982, II, pp. 1040-1041) ya se hacía eco el P. Sarmiento, fue narrada al menos, además de Vicetto, por San Martín en *La edad de hierro*, por Galo Salinas en la leyenda en verso *¡Lenda de horror!* y en la muy voluminosa novela *La corona de fuego o el secreto de una tumba* de Manuel Amor Meilán.

<sup>39</sup> *Las tres fases del amor. Novela*. Ferrol: Taxonera, 1867, p. 103.

<sup>40</sup> Puede, de paso, observarse, que las divagaciones espirituales de Oucei no andan muy lejos del erotismo místico y panteísta del protagonista de *El primer loco*, de Rosalía Castro.

novelas de Vicetto<sup>41</sup>. Incluso algunas estampas se repiten en uno y otro autor: «son remotas lumbres las cimas de los montes, y las faldas sinfónicas violetas»<sup>42</sup>; «las cimas unguidas por un reflejo dorado y crepuscular»<sup>43</sup>; «empezaba a caer la noche como cae en nuestras montañas, oscuridad en los valles, luz crepuscular en las gigantes curvas de sus ondulaciones»<sup>44</sup>. Y el personaje de Adegá, con sus ojos de violeta azul, no puede dejar de recordarnos a Eugea, de *El lago de la Limia*, llamada el Ángel de la Muerte, y cuyos ojos se identifican con ciertas flores azules en que se acaban transformando<sup>45</sup>.

En *Cara de plata*, los labriegos reunidos en las «célticas mámoas» de las Arcas de Bradomín deliberan cómo oponerse a los abusos de los señores, aun incendiando, si es preciso, sus propiedades. En la leyenda de Vicetto *Los villanos de Allariz* se reúnen éstos con igual fin y también al amparo de las sacras piedras célticas<sup>46</sup>.

La macabra escena cuarta de *Romance de lobos*, donde don Juan Manuel Montenegro, delirante, exhuma los restos de María Soledad en la capilla del pazo de Flavia-Longa, evoca la novela *Rogón Rojal*, donde también sucede una dramática escena en las tinieblas de una capilla funeraria, a la que el viejo conde de Andrade, augusto y fantasmal, enloquecido por haber matado a su mujer, acude a rezar sobre su tumba. Aquí no hay sólo un personaje oculto, como en la comedia bárbara, sino varios, lo que permite un complicado

juego de malentendidos digno de una comedia de enredo.

Valle Inclán mismo, en su obra de juventud *Cartas galicianas*, se presenta como lector de Vicetto, y en particular de *Los hidalgos de Monforte*. En estas cartas de viaje publicadas por el diario madrileño *El Globo*, cuenta que aquella novela había sido en su infancia una de sus lecturas predilectas, pero que al releerla, ya adulto, sus defectos literarios lo decepcionaron. Recuerda con nostalgia el «delicioso estremecimiento» de «horror y pavor» que le producían aquellas novelas, sentimiento semejante al suscitado por las narraciones de aparecidos<sup>47</sup>. Horror y fantasía que, unidas a lo que Todorov llama formas excesivas y diferentes transformaciones del deseo sexual<sup>48</sup>, Vicetto no sólo empleó con insistencia, sino pretendió convertir en supremo rasgo distintivo de una literatura nacional gallega, en lo que fue seguido con más o menos fidelidad y fortuna por abundantes literatos, como hemos procurado exponer en otro lugar<sup>49</sup>. Lo cierto es, en todo caso, que este mundo fantástico en que Vicetto preconizaba ahondar pervivió en la novela popular de autores gallegos y en la abundantísima (y anacrónica dentro de las letras españolas) producción de leyenda histórica<sup>50</sup>. A ello es a lo que se refiere Valle Inclán cuando dice, en las *Cartas galicianas*, que Galicia vive literariamente en pleno romanticismo<sup>51</sup>. Pero al influjo de ese especial romanticismo tampoco fue ajena su propia literatura, que supo aprovechar de él numerosos elementos.

<sup>41</sup> Paisaje animista que volverá a aparecer, bajo diversas formas, en la obra de Rosalía Castro, Eduardo Pondal y poetas regionalistas como Evaristo Martelo o Aurelio Ribalta.

<sup>42</sup> *Cara de plata. Comedia bárbara* (2.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe, 1964, p. 73.

<sup>43</sup> *Flor de santidad*, ed. cit., p. 160.

<sup>44</sup> *El último Roade*, en *Museo de las familias*. Madrid, 1859, p. 194.

<sup>45</sup> El motivo aparece tratado por Lamas Carvajal en el poema *Os ollos d'o anxel d'a morte* en *Espiñas, follas e froes*. El episodio de los ritos de exorcismo en la playa se encuentra en la novela de Murguía, *El ángel de la muerte*.

<sup>46</sup> El de los rebeldes incendiarios es un motivo que se repite una y otra vez en la novelística histórica de Vicetto y San Martín. «Los incendiarios del alba» era el título de una proyectada cuarta parte de *El lago de la Limia*. Juan Ignacio Ferreras,

en su *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Cátedra, 1979, menciona una novela del mismo título de San Martín, que no hemos podido ver. Los incendiarios del alba son una sociedad secreta que aparece en su novela *La reina impura y el paje maldito*.

<sup>47</sup> «Cartas galicianas», en *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, ed. cit., 1987, p. 123

<sup>48</sup> *Introduction à la littérature fantastique*. Paris: Seuil, 1970, p. 146.

<sup>49</sup> «Benito Vicetto e a construción dunha literatura galega», en *Unión libre. Cadernos de vida e culturas*, n.º 2. Sada: Castro, 1998.

<sup>50</sup> En especial en la obra de autores regionalistas de los que Valle dice, aludiendo a la novela y al personaje de Adriano de Landoy, de Vicetto, que persiguen fantasmas (*Cartas galicianas*, ed. cit., p. 122).

<sup>51</sup> *Ibid.*